

PER BX1431.C82 C46

Centinela.



Digitized by the Internet Archive
in 2016

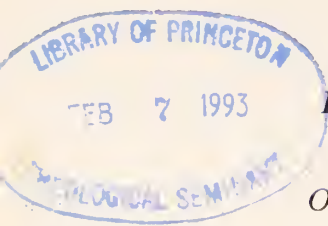
<https://archive.org/details/centinela8195unse>

CENTINELA

JUNIO 1959 — CUERNAVACA — NUMERO 8



NUESTRA PORTADA.—Excmo. y Revmo. Sr. Dr. D. Francisco González Arias, Quinto amadísimo Pastor de la grey de Cuernavaca.



CENTINELA

Director: PBRO. LAURO LÓPEZ BELTRÁN

Dirección: Apartado Postal No. 63

Oficinas: Galeana No. 47. — Tel. 2-12-84
Cuernavaca, Morelos (México)

Impreso en los Talleres de la Editorial Jus, S. A. Plaza de
Abasco 14, Col. Guerrero, México 3, D. F.—Tiro: 3.000 ej.

SUSCRIPCIONES :

Ordinaria	\$	72.00
Honorífica	,,	100.00
Benefactora	,,	150.00
Extranjero	Dls.	8.00
Número suelto \$6.00.—Número atrasado ...	\$	8.00

•

SUMARIO

GUIONAJE

Tributo póstumo 1

EPISCOPOLOGIO CUERNAVACENSE

*Apuntes biográficos del Excmo. y Revmo. Sr. Dr. D.
Francisco González Arias, Diguísimo Quinto Obispo
de Cuernavaca, por el PBRO. LAURO LÓPEZ BELTRÁN* 2

CENTINELA

Publicación mensual que tiene por objeto el estudio del Episcopado Católico y la divulgación de la historia de la Diócesis de Cuernavaca. Aparecerá de noviembre de 1958 a octubre de 1959, Año Jubilar de nuestro Excmo. y Revmo. Sr. Obispo Dr. D. Sergio Méndez Arceo.

AÑO I

Registro en trámite

NUM. 8

Director

PBRO. L. L. BELTRÁN

CUERNAVACA. JUNIO 1959

Censor

PBRO. JOSÉ ESPÍN



TRIBUTO POSTUMO

CENTINELA dedica todas sus páginas del presente número a la memoria del Excmo. y Revmo. Sr. Dr. D. Francisco González Arias, con motivo del próximo 13 aniversario de su muerte, acaecida el 20 de agosto de 1946.

Le rendimos el tributo de nuestro amor y el homenaje de nuestra gratitud, publicando sus rasgos biográficos, la reseña de su fallecimiento y honras fúnebres y una elegía inspirada en el cariño que le profesamos.

Es justo, pues, que le recordemos con todo nuestro afecto y perenne admiración.

EPÍSCOPOLOGIO Cuernavacense

Apuntes Biográficos del Excmo. y Rvmo. Dr. don Francisco González Arias, Dignísimo Quinto Obispo de Cuernavaca

Escribe: Pbto. LAURO LÓPEZ BELTRÁN.

I

PROTESTACIÓN

Con arreglo a lo dispuesto por el Papa Urbano VIII, protesto que al dar al siervo de Dios D. Francisco González Arias los nombres de venerable, beato, santo, no es mi ánimo prevenir el juicio de la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana, cuyas doctrinas acato con la más profunda reverencia, y a cuya autoridad me someto con la más firme adhesión.

II

HOMENAJE PÓSTUMO

El amor a mi amadísimo Prelado, Padre y Pastor, Obispo y Pontífice de la ciudad y Diócesis de Cuernavaca, de cuyas santas manos recibí la consagración sacerdotal, me impele fuertemente a escribir estos apuntes de su virtuosa vida, tomados cariñosamente, en gran parte, durante los dos años que tuve la dicha de acompañarlo en la práctica de sus Visitas Pastorales. Intencionalmente, a

los postres de la comida, y siempre que pude acomodarme, le formulé muchas preguntas acerca de su persona, cuyas respuestas me sirvieron para después ir formando esta breve Biografía, la cual he completado con las noticias que pude obtener de sus propios familiares.

III

NACIMIENTO Y PROGENITORES

Nació en la levítica Parroquia de Cotija, Michoacán, el día 12 de agosto de 1873, siendo sus virtuosos padres D. Mateo González y doña Josefa Arias. Según cristiana costumbre, se le bautizó el mismo día, en la Iglesia Parroquial. Fueron sus padrinos el Sr. D. Valentín González y la Sra. Librada Guízar. Por expreso deseo de su señora madre, devotísima del Seráfico Patriarca de Asís, el niño se llamó FRANCISCO, siendo el tercero de sus hijos en llevar este nombre. Los anteriores murieron, pero éste sobrevivió, y fue más tarde sacerdote celoso y apostólico Obispo.



Cúpula de la Parroquia de Cotija, Michoacán. Está sostenida por 16 columnas en el interior y por otras 16 en el exterior, todas de cantera labrada. La iglesia en general es una de las obras más artísticas de la arquitectura religiosa en México.

IV

PRIMEROS ESTUDIOS

Frisaba en los cuatro años de edad, cuando inició sus primeros estudios en su tierra natal, bajo la dirección de la maestra doña Mercedes Morfín. Pero como el plantel era especial para niñas, solamente admitía en él a varoncitos pequeños, por lo que Francisco no se sentía en su propio ambiente, y como

por más ruegos que hacía, no era llevado a la escuela de varones, urdió una travesurilla, que tuvo por consecuencia el ponerlo a cargo del maestro don Rudecindo Alvarez, director de la escuela de niños. Terminados sus estudios en esta escuela, pasó a la del Profesor don Fermín Mendoza. Las tres eran particulares.

V

VOCACIÓN SACERDOTAL

A los 11 años de edad ingresó en el Seminario Auxiliar de Zamora, establecido en Cotija, en donde estudió tres años, siendo uno de sus principales profesores el sabio Pbro. don Francisco Sámano. En 1890 pasó al Seminario Conciliar de Zamora, donde después de 7 años terminó su carrera eclesiástica, a los 23 de su edad. Descansó tres años, por delicadeza de salud. Siendo todavía Diácono le confiaron la Cátedra de Filosofía durante tres años, y consiguió del Excmo. Sr. Obispo Diocesano que el estudio de filosofía que se acostumbraba cursar en un año, en lo sucesivo se hiciera por lo menos en dos.

VI

TALENTO EXTRAORDINARIO

Sus profesores y condiscípulos que conocieron a fondo a nuestro Excmo. Sr. González Arias, pudieron justipreciar su inteligencia, y concordes afirmaron y afirman, que constituyó uno de los mejores talentos de Cotija. Permitid que acuda a los recuerdos personales de quienes lo conocieron, quienes ci-

tan varios casos que confirman este aserto. Vayan unos dos de muestra.

En uno de los actos públicos y solemnes que se verificaban en el Seminario de Zamora, uno de los catedráticos, el M. I. Sr. don Ignacio Aguilar, Canónigo Magistral de la Catedral, le interrogó y objetó varias cosas que le parecieron tan fáciles de resolver, que se atrevió a manifestar respetuosamente, que había estudiado mejor su Teología y que podía preguntarle algo más difícil.

En otra ocasión, se quejaban sus condiscípulos de que sin haber estudiado tanto como ellos, había obtenido uno de los primeros lugares; lo que —decían— no era justo. Entonces el Profesor de Teología Moral, Pbro. D. Faustino Murguía, conocedor del talento de nuestro biografiado, dijo que el que no estuviera contento que lo retara a competencias. Consistían éstas en que uno de los estudiantes proponía al otro objeciones que creía difíciles de contestar, y viceversa. Los jueces, que estaban presentes, daban el fallo sobre quién había contestado mejor.

Dos compañeros quisieron medirse con él, y les aceptó el reto; y no de uno por uno, sino a los dos al mismo tiempo. Llegó la hora señalada. Sus competidores fueron el joven Luis Garibay, originario de Zamora, después Canónigo de la Catedral, y el joven Rafael Guzmán, originario de Tingüindín, Michoacán, quienes concertaron las objeciones más difíciles para confundir a su contrincante. Y cuál no sería su sorpresa cuando de tal manera, con rapidez y agudeza, les deshizo y pulverizó sus argumentos, que los dejó sencillamente confundidos. Y lo más admirable fue que una misma cosa, a uno se la aprobaba afirmativamente y al otro negativamente, quedando ambos enmudecidos, humillados y “apantallados” ante la fuerza de su talento.

VII

SACERDOCIO Y CARGOS

La consagración sacerdotal le fue conferida el 4 de abril de 1897 por el Excmo. y Rvmo. Sr. Dr. D. José María Cáceres y Martínez, a la sazón Obispo de Zamora. Celebró su primera Misa solemne en Cotija, el 8 de mayo del mismo año. La Cátedra de Filosofía siguió a su cargo durante los años de 1898 y 1899. El primero de enero de 1901, fue nombrado Administrador de Diezmos en las Parroquias de Ixtlán y Pajacuarán. Diez años trabajó con magníficos resultados y admirable organización, y en 1910 asumió el gobierno de la Parroquia del Sagrario.

El 4 de julio de 1912, conservando el carácter de Párroco del Sagrario, tomó posesión de su nueva dignidad de Canónigo Magistral de la Santa Iglesia Catedral de Zamora, hasta el año de 1914, en que se registraron los atropellos a la Iglesia por el general Joaquín Amaro, año en que se vieron obligados a ausentarse casi todos los sacerdotes.

El entonces M. I. Sr. Canónigo González Arias salió para su tierra natal y pasó la mayor parte de la persecución en su rancho de “Los Camichines”. Aficionado como era a la cacería, dedicó a este deporte sus tiempos libres, logrando piezas de importancia. Llegó a matar un tigre corpulento y feroz, cuya preciosa piel guardaba como trofeo de su atrevida hazaña.

VIII

OBISPO DE CAMPECHE

En el año de 1918 pudieron empezar a reinstalarse el Venerable Cabildo y el Seminario, aunque con varias dificultades que estorbaron la marcha y organización de la diócesis.



Iglesia Parroquial de Colija, Michoacán, cuna del Excmo. y Revmo. Sr. Obispo Dr. D. Francisco González Arias. Se comenzó a construir en 1853 por el Sr. Cura D. Francisco Licea. Se terminó 18 años después, en 1871, por el Sr. Cura D. Benigno Tejeda.

Tal estado de cosas perduró hasta 1921, en que fue llamado nuevamente para ocupar la Cátedra de Filosofía. Mientras desempeñaba este cargo, S. S. Pío XI lo preconizó Obispo de Campeche, el 24 de abril de 1922, habiéndose consagrado el 11 de junio siguiente. Tomó posesión de su Diócesis el 22 de agosto del mismo año.

IX

DUDAS QUE SE DESVANECEN

Al mismo tiempo en que fue preconizado Obispo de Campeche, se supo la noticia de que su primo, el entonces M. I. Sr. Canónigo D. José María González Valencia, había sido nombrado Obispo Coadjutor del Excmo. Sr. Mendoza, del Arzobispado de Durango; y como en el periódico Oficial del Vaticano apareció diciendo que también había sido preconizado el M. I. Sr. Canónigo D. Francisco Ma. González, de la misma Catedral

y de la misma familia, esto dio lugar a dudas sobre cuál de los dos sería el Obispo.

Persona interesada en saber la verdad entrevistó al Excmo. Sr. Orozco y Jiménez, de Guadalajara, quien le dijo que no había razón para alarmarse, puesto que ambos habían sido preconizados Obispos, el Sr. González Valencia para Auxiliar de Durango y Titular de Siuna, y el Sr. González Arias para Campeche, cuya Sede estaba vacante por la traslación del Excmo. y Revmo. Sr. Dr. D. Vicente Castellanos a Tulancingo, quedando así desvanecida toda duda y equivocación.

X

PERSECUCIÓN RELIGIOSA

Con motivo de la persecución religiosa, a partir del fatídico Decreto de Calles, en julio de 1926, nuestro Sr. González Arias fue preso por haber ido a confesar a su domi-

cilio a un enfermo. Estuvo solamente un día en la cárcel, porque todo Campeche se agolpó a la plaza principal, en manifestación tumultuosa de enérgica protesta.

Nuestro Sr. Obispo demostró entereza y energía cristianas en tan aciaga época, pues publicó unos volantes que se repartieron por toda la Diócesis, en que, como Padre y Pastor, prometió no dejar a nadie sin confesión, juzgando que no se faltaba a las leyes persecutorias con auxiliar a los enfermos en sus propios domicilios. Por lo mismo, en las casas particulares bautizaba, casaba, confesaba y celebraba la Santa Misa, sin tener miedo a los soldados armados que rodeaban las casas. En vez de saltar por donde no fuera visto, pasaba por en medio de ellos.

XI

DESTIERRO A NEW ORLEANS

El 21 de abril de 1927, comenzaron a ser desterrados los Sres. Obispos; pero como él no lo sabía, siguió ejerciendo su sagrado ministerio, por lo que el 23 del mismo mes fue hecho prisionero. Tres días estuvo en la Jefatura de Policía; y no pudiendo incomunicarlo, porque las multitudes a toda hora querían hablarle, lo mandaron a Mérida el 27 del mismo mes. De allí salió para el destierro el 30 de abril, haciendo la travesía para New Orleans, Estados Unidos de Norteamérica, en el barco estadounidense que llevaba el nombre francés "MOMPLACE".

De Mérida a Progreso, donde se embarcó, fue llevado en un auto-vía especial, de prisa, pues no quiso salir oportunamente para embarcarse el día que le señalaron, por el hecho de que los enemigos de la Iglesia, no contentos con desterrarlo, querían hacerlo pagar su pasaje, a lo que contestó que ni lo pagaba ni permitía que otro lo pagara, puesto que no iba por su voluntad.

En tales circunstancias se pasaba el tiempo, y mirando que no pagaba su boleto y temiendo que el barco saliera, quedando ellos burlados, pensaron mandarlo en tercera clase para no gastar sino lo indispensable; pero sucedió que el Capitán del barco declaró que no se permitía que personajes eclesiásticos viajaran en tercera clase, por lo que, muy a su pesar, el gobierno anticlerical pagó a esa Compañía un boleto de primera clase, para que nuestro Sr. Obispo fuera con toda la comodidad necesaria y el decoro debido a su alta dignidad.

XII

ACTIVIDADES EN EL DESTIERRO

En New Orleans estuvo cuatro meses ayudando al Párroco de San Patricio, Reverendo Raymundo Carra, de nacionalidad italiana. De allí salió al Paso, Texas, para ayudar al Excmo. Sr. D. Antonio Guízar Valencia, que había trasladado a esa Ciudad su Seminario y fue invitado para ocupar la Cátedra de Sagrada Teología, cuyo curso fue terminado el 13 de junio de 1928, saliendo este mismo día otra vez para New Orleans.

Poco tiempo después salió para la República de Cuba, radicándose en la Provincia de Camagüey, en donde fue Capellán de dos grandes Ingenios de azúcar, en una Compañía Americana: primero de Cuna-gua y después del Jaronú, el más grande del mundo, pues en él se muelen —según se dice— un millón y cien mil arrobas de caña cada 24 horas.

XIII

SU REGRESO A LA PATRIA

El 21 de junio de 1929, se hicieron los arreglos religiosos para que los señores Obis-



El Excmo. Sr. González Arias en el día de su Ordenación Sacerdotal.



Mons. González Arias pocos días después de su promoción al Sacerdocio.

pes mexicanos regresaran a sus Sedes, interviniendo el entonces Sr. Arzobispo de Morelia, Dr. D. Leopoldo Ruiz y Flores. Inmediatamente —ese mismo día— nuestro amadísimo Prelado, acompañado del Excmo. Sr. D. Martín Tritschler, que fuera Arzobispo de Yucatán, regresó a México llegando dos días después o sea el 23 de junio, exactamente cuando se cumplían dos años y dos meses de su destierro, pues fueron presos el 23 de abril de 1927.

XIV

TRASLACIÓN A CUERNAVACA

Fue anunciada su traslación de Campeche a Cuernavaca el 30 de enero de 1931. Salíó de Campeche el 13 de abril del mismo año y permaneció en la Ciudad de México descansando, hasta el día 6 de mayo en que tomó posesión de esta su nueva Diócesis. Tan pronto como se mejoró de las afecciones que sufría de la garganta, inició sus trabajos apostólicos, practicando la Santa Visita Pastoral y dando misiones. Era infatigable en oír confesiones y en predicar; se acostaba muy noche, y a muy temprana hora se le veía ya en pie, por lo que con justicia podemos llamarlo el Obispo Misionero.

Una de sus principales preocupaciones fue el aumento de candidatos al sacerdocio, procurando los medios necesarios para el sostenimiento de las nuevas vocaciones, por medio de la colecta anual que estableció y de otras negociaciones que le produjeron dinero para el mismo fin. Grandes fueron sus deseos de que en todas y en cada una de las Parroquias se celebraran Congresos Eucarísticos que sirvieran de preparación para un gran Congreso Eucarístico Diocesano.

Efectivamente se han realizado en varias

parroquias dichos congresos —y esperamos que algún día se cumplan sus descos celebrándose el Diocesano—. Mucho se preocupó por la instalación de la Acción Católica, no solamente en las cabeceras de las parroquias, sino también en los últimos y pequeños poblados. Entre sus principales disposiciones, ha sido muy laudable la de la práctica de los Ejercicios Espirituales, absolutamente para todos sus sacerdotes cada año, y el Retiro Espiritual cada dos meses.

XV

SETENTA AÑOS DE VIDA

A iniciativa del M. I. Sr. Secretario de la Sagrada Mitra, a la sazón, Pbro. Dr. D. José García Ortiz, como los hijos del Patriarca Jacob se reunieron para consolar a su padre en los postreros años de su senectud, así también nosotros nos reunimos el día 12 de agosto de 1943 para honrar y venerar la longevidad de nuestro amadísimo Padre y Pastor en el setenta aniversario de su natalicio. Con tal motivo pronuncié en su honor el discurso que quiero consignar aquí.

XVI

ELOGIO A LA VEJEZ

A la juventud contemporánea se le prodigan alabanzas sin avaricia. La juventud de nuestros días se mira constelada de luces y encantos de risueña primavera. Los liróforos encuentran en la juventud una fuente inexhausta de cálida inspiración. Rubén Darío, hierofante del modernismo, canta los hechizos de la juventud en cincelados versos, llamándola “divino tesoro”. Los jefes de las



Primer retrato de Obispo que se le tomó a Mons. González Arias, en los días siguientes a su consagración.

naciones encuentran en la juventud la más bella y radiante esperanza de sus patrias, porque la osadía, la audacia y el arrojo, afloran a sus labios, irradian en su semblante y constituyen su atributo esencial.

Todos se deshacen en aplausos y encomios a la juventud que llena sus ánforas en la corriente de la mañana de la vida. Sin embargo, pocos piensan seriamente que la juventud, en realidad, es un período de transición en el cual debe prepararse para plasmar en bella realidad sus dorados sueños y absorbentes ideales, que muchas veces no consumará sino hasta el medio día de la vida, en su plenitud radiosa, o tal vez, hasta en la tarde de la ancianidad reflexiva e inclinada bajo el fardo de la experiencia.

En general, no en los albores de la adolescencia que siempre necesita guías, ni en la juventud que piensa que no los necesita, sino en la edad viril, es cuando empiezan a eliminarse los espejismos del desierto de la vida, y en la vejez, cuando la serenidad y concimiento muestran el fruto sazonado de la existencia.

“Es la ancianidad, escribe Madame Sweschine, majestuosa e imponente cúpula de la vida humana: Dios la transforma en el santuario de toda la sabiduría, de toda la justicia, y en el tabernáculo de las verdades más puras. La experiencia lo enseña todo al anciano... Si la muerte sólo fuera la dilatación de la vida o la flor sublime de una planta cuyas raíces se extendieron sobre la tierra; si la muerte sólo nos revistiera de inmortalidad, la vejez sería el apogeo de la vida, el punto culminante, la época de las riquezas y del poderío”.

“No ha sido en la juventud hervorosa, cuando el genio ha logrado plasmar el milagro de sus portentosas creaciones”, escribe don Alfonso Francisco Ramírez, Ministro de la Suprema Corte de Justicia en México.

En efecto, Platón, cuya Filosofía resume toda la sabiduría de la antigua Grecia, escribía su imponderable tratado sobre Las Leyes a los 80 años. San Agustín, el Aguila de Hipona, a los 72 años realizó su inmortal obra “La Ciudad de Dios”.

Si examinamos las páginas de la Historia antigua, moderna y contemporánea, constataremos que casi siempre quienes escalaron la cúspide de la grandeza, no fue en sus años mozos, pletóricos de titubeos e incertidumbres, sino en el mediodía de la virilidad o en el crepúsculo tranquilo y luminoso de la vejez, cuando la serenidad espiritual no es perturbada por el huracán de los apetitos y por la tempestad de las pasiones.

He aquí el más grande elogio de la vejez que nos dejó escrito Platón, llamado “el divino”, en su “República”: “Es la vejez como una liberación de las pasiones, como el aflojamiento de las cadenas que ligan al hombre con la brutalidad de la vida simplemente biológica; glorioso y poético comienzo de la manumisión del espíritu. La vejez es religiosa, no porque haya aprendido a temer, sino porque sabe amar. No hay afecciones tan desinteresadas, tan puras como las de los ancianos. Por eso, a la vera de los ditirambos para la vida que empieza, es debido levantar el elogio para la vida que declina, agobiada de saber y de experiencia, de tolerancia y bondad”.

XVII

PASTOR DE LAS BONDADES

Igualmente para honrar a nuestro amadísimo Prelado en ocasión de sus setenta años de edad, el Sr. Pbro. Lic. D. Joaquín L. Palacios, escribió y declamó un poema bajo el epígrafe que encabeza este párrafo, el cual gustoso inserto a continuación:



El Excmo. Sr. González Arias, desterrado, en El Paso, Texas, U.S.A., teniendo a su izquierda al Excmo. Sr. Dr. D. Antonio Guízar Valencia, entonces Obispo, y hoy Arzobispo de Chihuahua. Ambos están rodeados de sacerdotes, en su mayoría chihuahuenses, igualmente desterrados por el decreto contrario a la Iglesia Mexicana, lanzado por Plutarco Elías Calles en 1926. Foto impresionada en 1928.

INVOCACIÓN

I

*¡Oh Padre de los siglos, Dios eterno
que entre fulgor indeficiente moras!
creador, conservador, único dueño
de cuanto las miríficas auroras
alumbrarán en el jardín risueño:*

*Ante tu excelso trono diamantino
me postro y, humillado,
te adoro con el ángel encumbrado.
Tú eres Padre y Señor; tú eres la vida
perenne, indivisible;
de Ti arranca la luz del pensamiento,
y todo lo que es justo tiene asiento
en tu eterna verdad incomprensible.*

*Tú eres Padre y Señor. De Ti dimana
toda paternidad sobre la tierra;
porque Tú eres amor y en Ti se encierra
cuanto atesora la criatura humana.*

*Dame tu luz, y tu asistencia dame
para que, justo, aclame
al que allá en tus arcanos elegiste
para que un fastuo día,
tal como lo quisiste,
fuese, cual Tú, maestro
y, con toda justicia, Padre nuestro.*

*Tú eres Padre y Señor. Todo homenaje
que se pueda ofrecer a tus ungidos,
es nuevo vasallaje
que a Ti se rinde, como clara Fuente
del bien y del amor indeficiente.*

*La vida es el tesoro
por excelencia. Don incomprensible
para la mente humana que se engolfa
en indagar por qué sabios decretos
tenemos existencia
entre miles de seres en potencia.*

*Mas la razón nos dice
que si por parte de los seres creados
no pudo haber derecho a la existencia,
sólo queda la gran benevolencia
del Supremo Hacedor que de la nada
brotar los hizo con su Omnipotencia.*

*Dios es amor. Desde la débil cuna,
oh Padre, te eligió sellando tu alma
con amoroso beso
de infinita bondad en el exceso.*

*Tus magníficos padres comenzaron
su elevada misión para contigo.
Ahora los bendigo
porque el futuro Obispo prepararon.*

*Por vías misteriosas
por las que el cielo a caminar invita,
te llevó al Seminario;
y fue cual relicario
de las altas virtudes de un levita.*

*¿Y dejaré olvidada
la protección constante y delicada
sobre ti, de la Madre Inmaculada?
¿Cómo pudiera ser si ella nos guía
de la mano, cual débiles infantes,
en todos los instantes?
También a ti loanzas, Virgen pía,
que tendiste tu manto
sobre el futuro y bravo misionero
que de tu culto santo
regará la semilla, tesonero.*

*Dios es sabiduría.
Te dio una mente firme y despejada
con que pudieses deshacer un día
las sombras del error, cual sol radiante
que del negro capuz sale triunfante.*

*Las aulas de Zamora
guardan el eco de tu voz, celosas;
que a la verdad más pura
juntaste la humildad que sólo puede
toda virtud hacer firme y segura.*

*Dios es amor. Mas cerca quiso verte
del adusto calvario,
como un amigo quiere que su amigo
sea buen compañero y fiel testigo
de sus penas más hondas.
Y allá fuiste con ánimo sereno.*

*La unción episcopal te alzó a regiones
a las que sólo llegan
del saber y la virtud campeones.
Y dominaste las sagradas greyes
en nombre de Jesús, Pastor Supremo,
vindicando tenaz sus santas leyes;
y comenzó el rosario
de tus tribulaciones
con que te unes al Mártir del Calvario.*

*Yo te miro, Señor, cruzar la estepa
calcinada y temible de Campeche,
tu divina misión así cumpliendo;
y miro tu salud disminuyendo,
como el caudal del arroyuelo manso
que se pierde en la arena
porque —urente y voraz— nunca se llena.*

*Y de la prueba cruel y turbadora
miro llegar la hora
cuando enemigos de la fe sagrada
quieren traerla de la Patria amada
con intención traidora.
Y surge el mártir. Hacia el ostracismo
con la cruz en el hombro se encamina,
pensando que el destierro
es parte del oficio,
y propio del pastor el sacrificio.*

*Dios es poder. Pasó la racha fría
y entre nosotros, venturoso día,
aparece, como ángel de consuelo.
Ha nevado bastante en su cabeza
y el peso de la cruz le va inclinando.
¿Serán nuestros delitos*



De izquierda a derecha: Mons. Francisco González Arias, el día de su consagración episcopal; Mons. Rafael Guízar Valencia, Obispo de Veracruz, asistente a la consagración; Mons. Othón Núñez y Zárate, Obispo de Zamora, consagrante; Mons. Antonio Guízar Valencia, el otro asistente; y Mons. José María González y Valencia, Arzobispo de Durango, invitado a la consagración.



Al centro el Obispo de Zamora, Othón Núñez y Zárate, nombrado Arzobispo Auxiliar de Oaxaca, con derecho a sucesión, en el mismo año que fueron consagrados obispos Mons. González Arias, a su derecha y Mons. José María González Valencia, a su izquierda; ambos catedráticos del Seminario de Zamora. Lo que quiere decir, que por el año 1922 abandonaron la diócesis los tres. En su derredor los seminaristas zamoranos.



Al centro, Mons. Antonio Schuler, Obispo de El Paso, Texas, U.S.A.; a su derecha, Mons. Antonio Guízar Valencia, Obispo de Chihuahua; y a su izquierda, Mons. Francisco González Arias, Obispo de Campeche, caballero de Colón, ascendido al cuarto y último grado de la Orden, cuya espada dejó en Nueva Orleans. En torno, los caballeros de Colón, de El Paso, Texas, U. S. A. Año 1928.

*los que pesan, sus hombros encorvando?
 ¡Oh Padre nuestro que estás en la tierra!
 Fijos los ojos en la santa ley
 —como David— tendremos desde ahora.
 Tu santa bendición el alma implora
 en fecha por demás solemne y grata
 en que el “Pastor de las bondades” cuenta
 —como grados de luz— años setenta.*

Cuernavaca, agosto 12 de 1943.

XVIII

EDIFICANTE ANCIANIDAD

Como en la celebración de su onomástico, el 4 de octubre, los Seminaristas estaban

siempre de vacaciones, se siguieron celebrando los aniversarios de su natalicio, a fin de que participaran en la velada literario-musical los alumnos del Seminario, que cada año terminan su curso precisamente en agosto. Por lo mismo, la fiesta se organizaba con elementos del Seminario y al mismo tiempo servía para fin de curso de los mismos alumnos. El 12 de agosto del año siguiente, 1944, pronuncié otro discurso alusivo también a la venerable ancianidad en homenaje a nuestro Excmo. Sr., al cumplir setentiún años de edad. Del cual pongo aquí el siguiente fragmento:

“Una de las pruebas más fuertes que puede sufrir la virtud es la ancianidad. Santo Tomás de Aquino, comentando el capítulo



En la fila central, de izquierda a derecha: Mons. José García Ortiz, Secretario de la Mitra; Mons. Manuel Pío López y Estrada, Vicario General; Mons. Francisco González Arias, Obispo Diocesano; Pbro. Lic. Raymundo Escalona Carmona, Rector del Seminario Conciliar de Cuernavaca, en el curso 1930-1931; y el Pbro. José Ireneo Durán, uno de los profesores del dicho plantel. De los seminaristas que aparecen en la foto, se ordenaron los seis siguientes: Benjamín Ayala López, Pablo Villaseñor, David Jaén Arenales, Teófilo Galindo, Fernando Zúñiga Tafolla y Pedro Camacho.

25 del Evangelio de San Mateo, que trata de las parábolas de las vírgenes necias y prudentes y de los talentos que distribuyó un señor entre sus siervos, asevera tristemente que: Apenas hay quien viva mucho tiempo y no se entibie”.

Por eso edifican tanto los ancianos enfermos y fervorosos. Como San Juan Evangelista que frizando en los 100 años de edad, cuando ya no podía más, predicaba siempre la caridad al prójimo. Como San Felipe Neri que llegando a los 84 de su vida pletórica de actividad intensamente sacerdotal, enfermo, débil, enclenque, aún confesaba y celebraba, recomendando en la víspera de su muerte que rezaran el santísimo Rosario en sufragio de su alma.

Como San Vicente de Paul que a los 85 años de su existencia, sumamente debilitado por la enfermedad, aún cumplía con el reglamento austero de su orden; se hizo llevar a Misa un día antes de morir; y cuando entró en un prolongado letargo que precedió a su muerte, de repente reaccionó recogiendo todas sus fuerzas latentes, al hablársele de Dios.

Como el octogenario San Alfonso María de Ligorio, que ya no pudiendo levantarse de su lecho, escribía en la misma cama sus inmortales obras de ascética y mística y hacía oración 8 horas diarias delante del Santísimo Sacramento.

Como S. S. el Papa León XIII, que no obstante su admirable longevidad, pasó seis largas horas consecutivas arrodillado, en la

víspera de que se inaugurara el monumento impío del apóstata Jordán Bruno, y recibió personalmente muchas peregrinaciones de fieles dirigidas a Roma de todas las latitudes del mundo”.

XIX

MANSEDUMBRE Y BONDAD

Finalmente en agosto 12 de 1945, en la tercera fiesta que se le organizó con el mismo fin, pronunció un discurso con el título supradicho que quiero reproducir en estos apuntes y es como sigue:

Escribe Mons. Angel Garibay que solamente a San Juan Bautista pudo ocurrírsele llamar a Jesucristo con una palabra enigmática: “Agnus Dei”, “El Cordero de Dios”. Y es que el cordero es el símbolo de la mansedumbre. La mansedumbre, aunque en apariencia de una virtud sencilla, en realidad es la flor de la caridad que es reina de las virtudes. Ya es proverbial entre nosotros el alabar la suavidad y dulzura en nuestro Amadísimo Prelado.

Y este concepto de mansedumbre ha ido cundiendo por todas partes, de tal manera que cuantos lo han conocido y tratado, inmediatamente hacen aflorar a sus labios esta frase: “Qué amable y bondadoso es el señor Obispo de Cuernavaca”. Cada vez comprendo mejor unas palabras que hace algunos años me dijera mi estimado Maestro, el Pbro. Dr. D. José García Ortiz, y que guardo y medito con cariño: “Cuando todos nos acusen, cuando todos nos calumnien, cuando todos nos injurien, él será siempre el último en disculparnos, en defendernos y consolarnos”.

Leemos en el libro veinticuatro de la Ilíada, que Héctor, el celeberrimo héroe troyano, logró matar a Patroclo, amigo íntimo e inse-



Uno de los últimos retratos que se tomaron al Excmo. Sr. González Arias, en su Casa Episcopal, antes de sus postreras enfermedades.

parable de Aquiles, héroe tesalio, acérrimo enemigo de Troya. Cuando Aquiles supo la muerte de su amigo se entregó a la desesperación, llenando el aire con sus suspiros y la tierra con sus lágrimas y, llorando sobre su cadáver, parecía con sus gemidos querer resucitarlo. Dispuso unas suntuosas honras fúnebres, después de las cuales se lanzó al combate, intrépido y valeroso, con el deseo de vengarlo; y persiguió a Héctor por tres veces apoderándose al fin de él. Lo mató, ató su cadáver a su carro triunfante y lo

arrastró alrededor de las murallas de Troya, de la cual había sido Héctor el más valiente defensor. Y no contento Aquiles con ultrajar así el cadáver de Héctor, quiso que fuera pasto de los perros y de las aves de rapiña.

Mientras tanto, un anciano se acerca en ademán de súplica. Se postra junto a Aquiles, se abraza a sus rodillas y besa reverente sus manos. Es Priamo, el Rey de Troya, el desventurado padre de Héctor, quien con voz apagada por el llanto, le pide el cuerpo de su hijo. Entonces, Aquiles, el intrépido; Aquiles, el indomable, se entenece, se conmueve, se deja vencer por el llanto, y gruesas lágrimas escurren por sus ojos. Accede a la súplica del anciano y le entrega el cadáver yerto de su hijo. Lo que no pudo el valor, lo alcanzó la dolorida mansedumbre de Priamo.

Tal es el símbolo de nuestra vida sacerdotal: siempre que llegamos a besar la mano del enemigo, lo vemos caer domoñado a nuestras plantas. La victoria será no de las armas, ni del poder, ni del genio: la victoria será de la humildad, de la mansedumbre, del amor. Con cuánta razón ha dicho San Juan Crisóstomo: "Cuando el sacerdote es cordero, vence: cuando es león, queda vencido". Y porque nuestro Amadísimo Prelado fue cordero, por eso venció y estamos celebrando ahora su silenciosa victoria.

Otra de sus virtudes características es la bondad. Lacordaire ha dicho: "La bondad hace a Dios popular, y jamás el hombre que carezca de ella obtendrá el amor". Y Bossuet ha escrito: "Cuando Dios hizo el corazón del hombre, lo primero que puso en él fue la bondad". Y es que como dice Tertuliano: "Al hacer Dios el corazón del hombre, pensó en el corazón de Cristo". "La bondad, dice Guibert, es una virtud modesta. No es brillante como el genio, ni ruidosa como el valor guerrero: escondida en la sombra y el

silencio, hace el bien y con eso se contenta. No es de esas plantas altivas que crecen en las cumbres: prefiere la fecundidad de los valles escondidos: es del número de aquellas humildes virtudes que, como dice San Francisco de Sales, florecen al pie de la Cruz".

Por las definiciones que estos escritos nos dan de la bondad, vemos palpablemente que dicha virtud sobresalió y se destacó en nuestro Amadísimo Prelado, como una de sus virtudes características que ornamentan su alma y por lo mismo bien podemos aplicarle el sublime pensamiento del Padre Lacordaire: "No es ni la gloria, ni el amor lo que mide la elevación del alma, es la bondad".

XX

NUEVOS SACERDOTES

Como fruto de su intensa labor en pro del Seminario, durante su gobierno Episcopal, aumentó considerablemente el número de candidatos al Sacerdocio. Cuando tomó posesión de la Diócesis, apenas había unos 20 seminaristas en total. Al presente hay 70 y nos hemos ordenado 23. —Escribía esto en 1946—. Dada la pequeñez del territorio de la Diócesis de Cuernavaca y por lo mismo el corto número de parroquias, ya es un buen número. Consigno aquí los nombres, primeramente de los ordenados por él mismo y en segundo lugar de los ordenados por otros Prelados con sus Dimisorias, por haber estudiado en sus respectivos seminarios.

Sacerdotes ordenados personalmente: Teófilo Galindo, Lauro López Beltrán con David Jaén Arenales, Fernando Zúñiga Tafolla, Manuel Artemio Vargas, Armando Vargas Caraza, Eulalio Cáceres, Angel Ayala Ayala, Victorico González, Tarsicio Ortiz Hernández, José María Farfán, Marcial Maciel y Antonio Albarrán. Total: 13.

Sacerdotes ordenados por otros Prelados: en Roma, Benjamín Ayala López y Luiz Ortiz Rodríguez. En Montezuma, Francisco Flores Rodríguez, Pedro Camacho, Pedro Guzmán, José María Ruiz, Felipe Cejudo y Domingo Sedano. En Durango, Luis Pulido. Y en Jalapa, Cornelio Prado. Total: 10. Todos vivimos menos el Pbro. Manuel Artemio Vargas, que falleció el 16 de agosto de 1943.

XXI

SU PENOSA ENFERMEDAD

El 26 de abril de 1940, por prescripción médica y recomendación de su facultativo de cabecera, Dr. Ernesto Meana, salió para el puerto de Veracruz donde estuvo durante 3 meses. Llegó al Puerto Jarocho el 30 del mismo mes. Su residencia se estableció en la casa de las Religiosas Josefinas de México. Fue atendido por la Reverenda Madre María Trinidad Castillo, originaria de la República de Nicaragua. Su enfermedad ya crónica de laringitis pareció atenuarse, pues la bronquitis desde hace largos años le hizo sufrir. Pero, principalmente el viaje a ese lugar marítimo se hizo por su enfermedad del corazón.

Sus acompañantes, por distraerlo lo llevaban a la playa y conseguían anzuelos para la pesca. Tan mala suerte tenían que nunca lograron coger ni un pececillo. Entonces el señor Obispo pidió el anzuelo y apenas lo arrojó, cuando sintió que tiraban de él con una fuerza enorme y es que había mordido la carnada un pez colosal, más grande que el tamaño de un hombre. Acudieron todos y ayudaron a tirar de la cuerda, lo cual fue un motivo de satisfacción en la monotonía de esos tres meses.

El 18 de diciembre de 1945, por motivos de salud y por la misma prescripción médica del ya mencionado facultativo, salió para la tierra caliente, residiendo en el pueblo de Tepalcatepec, Michoacán. Lo acompañaron su hermano don Luis y los hijos de éste, Lic. José González Torres y Srta. María del Carmen del mismo apellido. En vez de descansar, trabajó más de lo necesario, ayudando al Párroco del lugar, Pbro. D. Francisco Mora, a quien suplía en sus ausencias.

Un lenitivo a sus penas fue el verse rodeado de muchos familiares y paisanos suyos. Pero la enfermedad más o menos progresaba inconscientemente. No habiendo conseguido completo alivio, regresó a su Sede Episcopal, saliendo de Tepalcatepec el lunes 8 de abril del presente año. Llegó a la Ciudad de México el jueves 11 por la tarde. Pasó el siguiente día, viernes de Dolores, onomástico de la señora esposa de su hermano ya mencionado y el sábado 13 siguiente a media tarde llegó a Cuernavaca.

Fue motivo de alegría para todos los Sacerdotes y Seminaristas que le dieron la bienvenida y en la biblioteca del Obispado, agradeció con expresivas frases el recibimiento que se le hizo. Tuvo palabras de cariño para todos los Sacerdotes y Seminaristas y especialmente para el Sr. Pbro. D. José García Ortiz, quien lo suplió en el gobierno de la Diócesis durante su ausencia de casi medio año, sin que hubiera ninguna alteración, ni nada que lamentar, como si no hubiera habido tal ausencia.

El sábado 1o. de junio del presente año —1946—, salió para la Ciudad de México a curarse nuevamente y al mismo tiempo para asistir a la peregrinación oficial de la Diócesis, a la Insigne y Nacional Basílica de Santa María de Guadalupe, que en este año, fue el



*El Excmo. Sr. Dr. D. Francisco González Arias en uno de los corredores
de su Obispado de Cuernavaca.*

5 de junio, pues la fecha es movable y se verifica dicha peregrinación en la fiesta de la Madre Santísima de la Luz.

Consultó a los médicos Manuel G. Falcón, especialista en enfermedades nerviosas, y Pedro Ramos, especialista en enfermedades del estómago. Le tomaron varias radiografías. Pero a causa de la bronquitis que se le agudizó y por asistir a las fiestas guadalupanas pro Juan Diego en esta Ciudad, regresó de México a Cuernavaca el 11 de junio.

Tampoco celebró la Pontifical de la peregrinación. Ofició el Excmo. Sr. Arzobispo de Monterrey, Dr. D. Guillermo Tritschler, y predicó el Excmo. Sr. Arzobispo de México, Dr. D. Luis Ma. Martínez, asistiendo sin embargo, nuestro señor obispo a dicha romería.

XXII

PROPAGANDA PRO JUAN DIEGO

—Junio 12 de 1946—

Al día siguiente —junio 12 de 1946—, el Excmo. Sr. Yerena y Camarena pontificó y el Excmo. Sr. Manríquez y Zárate, predicó en las fiestas pro Juan Diego. Nuestro amadísimo Prelado, no obstante su agotamiento, todavía hizo el esfuerzo supremo para asistir a la solemnidad. Un periodista lo entrevistó y le preguntó su juicio sobre la posibilidad de canonizar al venturoso indito azteca. A lo que contestó que tenía fe en el éxito, y que por eso precisamente auspiciaba el movimiento en su favor; pues que está de por medio, añadió, Santa María de Guadalupe. Todo cuanto se le pidió en pro de esta obra, siempre lo concedió. Y cuando en 1941, estando yo en Cuautla, por causas especiales, pensé suprimir en junio las fiestas que ya había iniciado en junio del año anterior, en ocasión a la

santa muerte de nuestro héroe indígena, él mismo se ofreció a ir. Y fue. Desde entonces, viendo su firme decisión en ayudar a esta empresa, seguimos adelante.

Ya más debilitado, sin poder dormir más que sentado en una silla, sin apetito, mal del estómago, de los bronquios, del corazón, vino a complicar su enfermedad una dolorosa prostatitis. Los médicos no pudieron provocarle la orina. Y dijeron que si pasaba 24 horas sin poder hacerlo se moriría.

Se le llevó inmediatamente a México. Lo acompañé con su hermano D. Luis y su sobrina Ma. del Carmen. Salimos de Cuernavaca el lunes 8 de julio. El 9 entrevistó al Dr. Ramos, quien lo mandó con el Dr. Javier Lomelí, que lo auscultó al día siguiente. Y viendo la gravedad, determinó internarlo en el Hospital General, donde había los mejores aparatos para hacerle la operación prostática.

XXIII

EN EL HOSPITAL GENERAL

Al día siguiente, 11 de julio, fue internado en el Hospital. Pasó allí los 22 días restantes del mencionado mes, de donde habría de regresar hasta el 15 de agosto. Se consiguió un apartamento, el No. 5, en el Pabellón Gastón Melo. Se le empezó a preparar para la operación. Los médicos se resistían. Los días pasaban y le daban largas al asunto. Al fin determinaron hacer la operación el 1o. de agosto.

La víspera fue auxiliado espiritualmente por el Excmo. y Rvmo. Mons. Dr. D. Maximino Ruiz y Flores. Supimos que estuvieron a visitarlo en su lecho de dolor los Excmos. Sres. Dr. D. Luis Ma. Martínez y Dr. D. Manuel Pío López y Estrada, igualmente Monseñor Gregorio Araiza y muchos

sacerdotes de la Diócesis de Cuernavaca y de otras varias. Por tal motivo los médicos empezaron a prohibir las visitas.

XXIV

LA OPERACIÓN

Estuvimos los señores sacerdotes Dr. Benjamín Ayala López, J. Antonio Rábago, Enrique Morfín, Samuel Torres y el que esto escribe. Al terminar la operación, llegó el Sr. Pbro. Dr. José García. Empezó dicha operación a las 9.30 a. m. y duró 45 minutos. La hizo el Dr. Javier Lomelí.

Al fin tuvimos la noticia de que había salido bien. Los dolores consecuentes le hicieron sufrir mucho. Los lavados fueron cada cinco minutos por la sangre que se coagulaba. Tres días después, ya se mejoró un tanto. Tres días más y ya pudo salir al jardín en una silla "ad hoc". Sólo fue por tres veces, pues la debilidad se acentuó cada vez más. Los médicos declararon que ya no había reacción. Entonces, ya muy grave se trasladó a Cuernavaca.

XXV

EL VIAJE A CUERNAVACA

Salió del Hospital a las 11.30 a. m. del 15 de agosto de 1946. El coche que lo trasladó fue prestado por el Sr. Ing. Ricardo Vázquez. Viajó en la parte de atrás y en el asiento intermedio. A sus lados el Dr. Luis González Torres, su sobrino, que había venido desde Durango y el Sr. D. Rafael Chávez González, también su sobrino. Aquél, hijo de su hermano D. Luis y éste de su hermana Dña. Plácida, finada. En la parte de adelante, junto al chofer, venían acom-

pañándole el Pbro. J. A. Rábago y su hermano Luis.

En otro coche, propiedad del sacerdote supradicho, venían en la parte de atrás, la R. M. Ma. Trinidad Castillo, religiosa Josefina, y las Sritas. Dolores y Carmen González, hijas de su hermano Luis. Junto al chofer, venía solamente el M. I. Sr. Congo. de la Basílica de Guadalupe, Lie. D. Francisco Alvarez. En dos horas realizaron el viaje. En Tres Marías, se detuvieron, tomaron algunos refrescos y el mismo Sr. Obispo tomó un poco de sidral. El paciente venía contento mirando los paisajes y nombrando los lugares.

XXVI

GRAVEDAD CRECIENTE

Paulatinamente se fue agravando. No comía casi nada, sólo tomaba algunas cucharaditas de jugo de frutas mediado con agua. Cerca de tres meses tuvo que estar casi siempre en una misma postura en la cama. Se le hicieron pequeñas llagas. El cúmulo de dolores lo hacía sufrir cada vez más. El cansancio de estar acostado de una pieza, la falta de sueño, las fallas del corazón, todo indicaba la proximidad de su fin. Para no debilitarlo, sólo entrábamos contadas personas y sin hablarle casi nada.

Lo veíamos sufrir, sin poderlo consolar, ni remediar su mal. Cómo vino a mi mente aquello que narra la Sagrada Escritura del Santo y pacientísimo Job. Que estando pleno de dolores llegaron tres amigos suyos a verlo: Elifaz de Temán, Baldad de Suhá y Sotaf de Naamat. Cuando éstos vieron todas las desgracias que le habían sobrevenido, prorrumpieron en copioso llanto, rasgaron sus vestiduras en señal de dolor, y se cubrieron sus cabezas con cenizas. Y enmudecieron ante la marejada de torturas nunca



*El Sr. Obispo González Arias bajo cuyos auspicios se fundó la revista
"Juan Diego" en diciembre 12 de 1939.*

oídas ni vistas, termina diciendo el versículo 13 y último del capítulo II, textualmente: “Y estuvieron con él sentados en el suelo siete días y siete noches, sin hablar palabra, al ver la vehemencia de su dolor”.

Así nosotros, desde el 15 hasta el 20 de agosto en que murió, no podíamos hablar, las palabras se anudaban en nuestra garganta, y enmudecidos contemplamos a nuestro santo Prelado llegar al máximo del dolor, sin poderlo remediar. En torno a su cama estuvimos de día y de noche, mirando y analizando su grande sufrimiento, sin abrigar la menor esperanza de alivio.

XXVII

DESPEDIDA Y BENDICIÓN

Cuando a la madrugada del lunes 19 de agosto sufrió un colapso y nos reunimos a las 5.15 a.m., todos lo juzgamos muerto. El Padre García rezó las preces de ayudar a bien morir, las campanas de la Catedral tocaron a rogación. Iban a doblar. Pero de repente volvió del síncope y le dijo a la R. Madre que le gritaba angustiada: “Jesús, José y María, amparadme en mi última agonía”: “Basta, Madrecita, basta”.

Entonces nos apresuramos a pedirle una vez más la bendición. Y todavía levantó su mano y nos bendijo. Cuando ya no tuvo fuerzas para levantarla, otra persona le ayudaba. Bendijo a los ausentes y a todos los fieles de la diócesis. Sus últimas palabras fueron: “JESUS, JESUS, JESUS”.

XXVIII

SU PACIENCIA Y SU MUERTE

Las personas que estuvieron como tres meses acompañándolo en sus enfermedades, has-

ta el último momento, nunca oyeron una queja. En medio de sus dolores, guardaba serenidad admirable. Nunca pidió nada de nada. No perdió su buen humor hasta en los momentos últimos de su vida. Pues les dijo a las personas que lo rodeaban que “iba a hacer cola allá en el cielo”. Como le replicaran que entraría derecho, contestó: “Quién sabe”. Nunca siquiera se quejó del cansancio de estar boca arriba cerca de 100 días consecutivos. No podía moverse. No pidió que lo cambiaran de postura. Sólo cuando le preguntaban decía que sí. Verdaderamente, que ejerció la virtud de la paciencia en grado heroico, pues, si esto no es grado heroico no sabemos en qué consista la heroicidad de las virtudes.

A las 3 p.m. del 20 de agosto, entró poco a poco en el estertor de la agonía. Se fue extinguiendo su aliento paulatinamente. A las 5 p.m. todos los sacerdotes ya estábamos en su derredor. Le absolvimos y le aplicamos simultáneamente la Indulgencia Plenaria. Unos minutos antes se le había dado la bendición con el Santísimo. Expiró sin contorciones, sin movimientos bruscos, se quedó como dormido y su alma voló a la mansión celeste, como piadosamente creemos, a las 5.40 p.m.

XXIX

SEDE VACANTE

Sesenta campanadas, sonoras y pausadas, en la torre de catedral anunciaron la Sede Vacante. Las campanas de los demás templos y capillas lloraron sus armonías y aumentaron nuestras tristezas. Las gentes atormentadas por el dolor, hicieron circular la noticia con la rapidez del rayo por todos los pueblos y barrios de la diócesis, y los bronces de los campanarios pueblerinos, lanzaron in-



El cuerpo del Excmo. Sr. Obispo González Arias en su ataúd. Estuvo expuesto en la catedral desde la tarde del 20 hasta el mediodía del 21 de agosto de 1946, en que fue sepultado en la cripta de los prelados junto al altar del Sagrado Corazón de Jesús.

mediatamente al viento sus quejidos lastimeros de dolor. Su cadáver, como un lirio que se desmaya para perfumar el agua que envuelve su flexible tallo, se expuso en la catedral que se convirtió en una enorme lamentación colectiva. Nuestro templo máximo pareció una plegaria petrificada.

XXX

ANTE SU TÚMULO

Una lúgubre pirámide, escollo fatal de todo lo humano, como avanzado centinela de la eternidad, incrustó en nuestro corazón luto y tristeza. En un féretro gris se guardaban los despojos del venerable y santo Príncipe de la Iglesia de Cuernavaca. Su mitra y

báculo, insignias episcopales, igualmente que su anillo y pectoral, brillaban con la luz eléctrica que caía perpendicular hacia el catafalco. Como síntesis de nuestro profundo dolor, las lágrimas silentes caldeaban nuestras mejillas.

Esa tumba pavorosa, rodeada de pálidos cirios de melancólicas llamas, emblema era de la muerte que, siempre avara, siempre hambrienta, devora, consume y pulveriza con la misma facilidad al grande que al pequeño, al rico potente que al miserable desvalido; ella no guarda respeto a la primavera de una vida que se desliza entre flores, ni a la ancianidad nevada y venerable; ni al soberano que se sienta sobre rico y esplendente trono, ni al héroe esforzado, cuyo corazón latiente de gloria, es tan grande como su pensamien-



El pueblo católico de Cuernavaca y sus contornos se apretujaba en torno al cuerpo yacente del señor Obispo González Arias. Damas y caballeros montaron guardia toda la noche y toda la mañana en que se halló presente, rodeado de banderas y ofrendas florales.

to; ni al sacerdote que sirve al altar, ni tampoco a él... ¡ay! falta el aliento... la voz se ahoga, el corazón se oprime dentro del pecho; empero es preciso decirlo; tampoco perdonó a nuestro santo Padre y Pastor de la grey cuernavacense.

XXXI

SOLEMNES FUNERALES

A las 11.15 a.m. el Excmo. y Rvmo. Mons. Dr. D. Antonio Guízar Valencia, primo hermano del finado, empezó las Vigilias y a continuación celebró la Pontifical. Las notas del gran órgano de la Catedral y las voces de los cantantes, al entonar el "Dies irae", parecía que hacían llorar hasta los mismos

muros de la vetusta Catedral marcada con la pátina de los siglos. El Excmo. Sr. Dr. D. Manuel Pío López y Estrada, acompañado de casi la totalidad del clero morelense y otros muchos sacerdotes de varias diócesis, cantaba también los salmos y antífonas en tono quejumbroso junto al trono que fuera del Pontífice desaparecido.

XXXII

ASISTENTES AL SEPELIO

Los teléfonos del Estado estuvieron gentilmente a nuestra disposición. Por medio de ellos se comunicó a los sacerdotes de toda la diócesis la muerte del prelado. Los teléfonos Ericsson, nos dieron vías libres y rápidas pa-



Después de las solemnes exequias, sacerdotes y caballeros, por turnos, cargaron el cuerpo de Mons. González Arias, llevándolo por todo el atrio de la catedral, antes del sepelio, a fin de que al menos vieran su caja los incontables fieles que no cupieron en el templo.

ra comunicarnos con todo el país. La Cruz Roja montó guardia ante los venerables restos del santo Padre y dulce Pastor. Las escuelas se vieron desiertas. Los choferes de todos los sitios ofrecieron sus carros y trajeron a su tumba dos grandes coronas de flores.

Los alumnos y alumnas de los colegios Cristóbal Colón y Santa Inés, perfectamente uniformados llenaban la mitad de bancas de la Catedral. Las damas católicas y las agrupaciones sociales y piadosas portaban sus estandartes y banderas. Las multitudes en masas compactas se arremolinaban en el atrio y se agolpaban a las puertas del sagrado recinto. Era un maremágnum que hervía. No obstante la pequeñez de la diócesis y lo rápido de la noticia, asistieron a las Honras Fúnebres y al sepelio las siguientes personalidades y sacerdotes extra-diocesanos:

Excmo. Sr. Obispo de Chihuahua, Mons. Guízar Valencia; Excmo. Sr. Obispo de Veracruz, Mons. Pío López y Estrada; M. I. Sr. Cango, de la Basílica de Guadalupe, Lic. Francisco Alvarez, R. P. Pablo González, de la Compañía de Jesús de México, D. F.; R. P. Hildebrando Iturbide, superior de los Benedictinos de Santa María Ahuacatepec, Mor.; R. P. Agustín Báez, superior de los franciscanos de Amatlán, Mor., con el R. P. Juan Escobar; el R. H. J. Carmen García y el H. Postulante Luis Alvarez; R. P. Fr. Luis G. Flores, Guardián del Convento Franciscano de Coyoacán; R. P. Antonio Rodríguez, religioso redentorista de México, D. F.; R. P. José C. Velasco, Fundador de los Misioneros Guadalupanos de Cristo Rey, acompañado del nuevo sacerdote Jesús Martínez y un seminarista de su Congregación; el Pbro.



Mons. Antonio Guízar Valencia, Obispo de Chihuahua, celebra solemne funeral, el 13 de septiembre de 1945, en sufragio de Mons. González Arias, con motivo del XXX día de su muerte. Después de las exequias pronunció la oración fúnebre Mons. Luis María Martínez.

Marcial Maciel, Fundador de los Misioneros del Sagrado Corazón, acompañado del Pbro. Luis Ferreira, 7 novicios y 2 apostólicos de su Congregación.

Fr. Juan C. Quiroz, franciscano de la Provincia de S. Pedro y S. Pablo de Michoacán; Sres. Párrocos de Amatlán, Ver.; D. Roberto Peregrino, de Córdoba, Veracruz; D. Ignacio Lehonor, de Portales, D. F.; D. Pascal Mota; Presbíteros: Higinio Vázquez Santa Ana, de Veracruz; Refugio Rodríguez, de Veracruz; Juan Rivera, de Chihuahua; Jesús Blanco. Terminó la lista de sacerdotes que no son de esta diócesis, y que por lo tanto tuvieron más mérito en asistir, con el nombre del Sr. Cura de Santa Cruz de Tecamat, Méx., D. Gabriel G. García, que fue compañero de estudios del Sr. Obispo finado,

y Vicario de la Parroquia del Sagrario, siendo nuestro biografiado Canónigo y Párroco de la Catedral de Zamora.

Los sacerdotes de la diócesis asistentes fueron: Dr. José García Ortiz, Vic. Capitular. Párrocos: de Catedral, Nicanor Gómez de S. José; Dr. Benjamín Ayala López, de Cuautla; Lic. Lorenzo Vergara, de Yautepec; Félix Lara, de Tetecala; Aurelio Rojas, de Tepoztlán; Pedro Rojas, de Tlaltizapán; J. Trinidad Sánchez, de Jojutla; Andrés Morales, de Tlalquitenango, Buenaventura Sandoval, de Jiutepec; J. A. Rábago, de Puente de Ixtla; David Jaén, de Villa de Ayala; Daniel Villarreal, de Atlatlahucan; Angel Quintero, de Huitzilac; José Ma. Farfán, de Axochiapan; Angel Ayala Ayala, de Miacatlán; J. Cándido Ramírez, de Xochitepec; Fernando

Zúñiga Tafolla, de Tehuixtla; Pedro Guzmán. Presbíteros: Pedro Camacho, Teófilo Galindo, José I. Durán, Antonio Albarrán, Enrique Morfín, Víctorico González, Fidel Vázquez, Lic. Joaquín L. Palacios, Eulalio Cáceres, Felipe Cejudo, Martín Rivera, Daniel Santana, Luis Ortiz, Armando Vargas y el suscrito. Después del sepelio, por la lejanía de sus parroquias, llegaron los señores curas de Yecapixtla, D. Cirilo Sánchez y de Ocuituco, D. Francisco Flores. Sólo faltaron el Párroco de Jonacatepec, D. Calixto Ruiz, el Vicario de Yautepec, D. Luis Pulido y el profesor del Seminario José María Ruiz.

XXXIII

RESURRECCIÓN

Et in carne mea videbo Deum Salvatorem meum. Y veré con mi propia carne a Dios mi Salvador. Así se expresaba el santo Job. Así cantamos en sus Honras Fúnebres. Pues no se limita Dios a conservar el alma de todos los hombres y salvar las de los justos: cuando llegue el último día, el día de la justicia, resucitarán todas las gentes; volverán a formarse los cuerpos por el ministerio de los ángeles, y a unirse las almas con ellos por la virtud de Dios. Como lo comprobaremos en el llano de Josafat.

Así lo enseña San Alberto Magno, comentando el Capítulo 24, Versículo 31 del Evangelio de San Mateo y el Capítulo 13, Versículo 27 de San Marcos. Es conveniente, afirma, que los hombres que tuvieran a los ángeles por caudillos, los tengan por colectores de sus cenizas y conductores al juicio. Tres cosas concurren en la resurrección —continúa el mismo santo—: el estruendo del mundo al restituir la materia, el ministerio de los ángeles en la composición del polvo y de los cuerpos; y el mandato, o voz de Dios y de



El Excmo. Sr. Arzobispo de México, Dr. D. Luis María Martínez pronunciando su elogio fúnebre, en el que ponderó la humildad de Mons. Francisco González Arias, quinto dignísimo obispo de Cuernavaca.

Cristo en la vivificación y en la cita. Los que eran espíritus administradores para el mérito —añade— congregarán a los buenos y a los malos para el juicio; y por medio de los ángeles recogerá Dios a los elegidos, de entre los elementos en que están resueltos por la putrefacción.

XXXIV

LA CATEDRAL, TUMBA DE NUESTRO PRELADO

Las influyentes damas de la localidad, señoras María Guadalupe Urraza de Olea y María Brande de Pérez, se presentaron al mayor Luis G. Puente Sánchez, C. Jefe de Hacienda, para solicitar el permiso de la inhumación del cadáver en la Catedral. Habiendo consultado el asunto, manifestó que había que solicitarlo a México. Telefonó el

Sr. Ing. Merino Fernández, Director de Bienes Nacionales, quien le contestó que por acuerdo reciente del C. Presidente de la República, habiendo sentado un precedente, podía concederse.

Entonces el Sr. Pbro. Dr. D. José García hizo la solicitud por escrito y en seguida fue expedido el permiso y entregado al mencionado sacerdote, documento original que existe en la Curia Episcopal. La caja mortuoria fue donada por varias damas de la localidad. Fue tanta la gente que asistió al sepelio, que propiamente dicho las calles quedaron desiertas. La masonería, ante tal apoteosis, quiso sofocar la solemnidad fúnebre; hizo lo que pudo para que las campanas dejaran de doblar, y hasta quería estorbar el entierro en la catedral. Todo en vano. Como la serpiente envidiosa, inútilmente se retorció enfurecida, pero impotente.

XXXV

ELOGIO FÚNEBRE *

La fuerza destructora de la muerte es irreductible, universal y espantosa. Por mucho que la ciencia progrese, que se desarrolle la cultura, no se ha podido ni se podrá jamás eliminar la muerte de la tierra, porque la muerte es el instrumento de Dios, encargado de realizar sus designios en el mundo.

Nada escapa al imperio fatal de la muerte, porque la muerte no respeta ni la riqueza, ni el poder, ni la juventud, ni la ciencia; descarga su guadaña donde brilla el destello del sol; hace que deje de latir el corazón que había llegado al heroísmo, al borde de la her-

mosura y la verdad propia de la juventud. . . ¡Descarga sobre los jóvenes su terrible guadaña!

¡Ni siquiera la santidad se escapa de la muerte! ¡También los santos mueren! Y aunque llevan algo divino en su alma, la muerte no respeta. ¡Si se atrevió a tomar a la Virgen María, a la Purísima Virgencita que no tenía que ver nada con el pecado! ¡Hirió a la Virgen María, la madre de Dios! ¡La santa, la singular! Pero más aún, ¡la audacia de la muerte llegó hasta tocar a Dios hecho carne sobre la cumbre del Calvario! Se realizó un duelo prodigioso: la muerte y la Vida lucharon de manera singular, como la Iglesia lo canta en su Liturgia: “La muerte y la Vida se empeñaron en un duelo singular y prodigioso”. Y tan grande fue el poder de la muerte, que Dios murió, Dios que es la Vida, Dios que es la Eternidad!

Pero, amados hermanos, este triunfo de la muerte, el triunfo del Calvario que parecía ser el supremo y definitivo triunfo de este poder extraño, fue, por el contrario, la derrota de la muerte en el Calvario. En la Cruz gloriosa, Jesucristo derrotó para siempre a la muerte y aniquiló su poder; no porque la haya eliminado Jesucristo: El hizo algo mejor que eliminar la muerte. La hizo instrumento de vida; hizo que fuera la puerta de la Fe y de la Vida, y del fondo, del seno tenebroso de la muerte, sacó destellos, sacó el esplendor de la inmortalidad, porque, amados hermanos míos, como acabamos de oír cantar en el Prefacio de la Misa, para los fieles la vida no se acaba, se cambia.

La muerte es la puerta de la inmortalidad del Cielo; pero al mismo tiempo, en la tierra

* Fragmento de la Oración Fúnebre pronunciada por el Excmo. Sr. Arzobispo de México, Dr. D. Luis M. Martínez, en la S. I. Catedral de Cuernavaca, en la Solemne Pontifical de Requiem celebrada por el Excmo. Sr. Obispo de Veracruz, Dr. D. Manuel Pío López y Estrada, en unión de todo el Clero de la Diócesis, en sufragio del alma del Excmo. Sr. Obispo de Cuernavaca, Dr. D. Francisco González Arias, el 18 de septiembre de 1946, XXX día de su piadosa muerte.

gozan los justos de otra inmortalidad, porque perseveran sus obras y el perfume de sus virtudes.

Hace veinte siglos que reina la palabra del Corazón de Jesús ante el sepulcro de Lázarro: "Yo soy la Resurrección, la Vida. El que crea en mí, aunque haya muerto, vivirá. El que crea en mí, no morirá jamás".

La muerte no quita la vida, la cambia. La muerte abre las puertas del Cielo, nos da la suprema inmortalidad; y la muerte que todo lo destruye, no puede destruir nuestras obras, cuando estas obras tienen el destello de la verdad. Así lo consideró el Apóstol San Pablo, quien con audacia sublime exhaló este grito triunfal:

"¡Oh, muerte!, ¿dónde está tu victoria?"

Vosotros acabáis de experimentar las terribles consecuencias de la obra destructora de la muerte. Habéis perdido a vuestro Padre y Pastor, el Excmo. y Revmo. Sr. Dr. D. FRANCISCO GONZALEZ Y ARIAS.

Todavía no se seca el llanto en vuestros ojos, todavía no se restañan las heridas de vuestro corazón y con la amargura de vuestra alma y pintado en vuestro semblante el sello del dolor, venís a celebrar en este día esta solemnidad luctuosa en memoria y en sufragio de vuestro Padre.

¡Ah, tenéis razón, amados hermanos míos, al sentir hecho pedazos de dolor vuestro corazón, porque vuestro Padre os llenó de bienes, porque os amaba, porque fue para vosotros durante muchos años maestro, consuelo, padre! Tenéis razón para sufrir y para llorar; pero es preciso que en medio de vuestro dolor, se abran vuestros ojos y vuestro corazón a la esperanza.

Yo vengo a deciros que la muerte puede ocultar a vuestros ojos la dulce figura de aquel anciano que fue vuestro Padre; pero únicamente transformó su vida. La muerte le

dio una doble inmortalidad: la del Cielo y la de la Tierra. Esperamos en Dios, que allá en lo infinito de su ser, sea perfectamente feliz. Y podemos tener la seguridad que su recuerdo inmenso, la huella de su paso por este mundo no terminará jamás y que a través de los años, y de los siglos quizás, quedará en esta noble Iglesia de Cuernavaca su obra fecunda y el perfume exquisito de su virtud; de tal suerte que cuando se miran la muerte y sus consecuencias a la luz de la Fe, nosotros podemos repetir el canto triunfal del Apóstol: "Oh, muerte, ¿dónde está tu victoria?"

Y esta solemnidad que parece ser la celebración de la derrota, se convierte, por la gracia de Dios, en la fiesta de la Inmortalidad y del Triunfo. . .



Yo quiero, con la gracia de Dios Nuestro Señor, cooperar a ese cántico de victoria. Yo quiero deciros cómo las obras con las virtudes de vuestro Padre subsisten eternamente. No veis su rostro, ni veis su figura, ni escucháis su voz; pero quedan sus obras, quedan sus virtudes, esas virtudes que yo quiero evocar con la ayuda de Dios Nuestro Señor.

Amados hermanos míos, la tradición cristiana, con una frase lapidaria nos ha hecho la síntesis de lo que es el Sacerdote católico: "El Sacerdote es otro Cristo". Y como el Obispo tiene la plenitud del Sacerdocio, es lógico que el Obispo debe ser el trasunto más perfecto de Jesucristo Nuestro Señor.

¿Comprendéis, amados hermanos, lo que significa realizar este pensamiento de vida?

Nosotros, por nuestra propia naturaleza, somos pequeños y miserables. Aunque Dios nos llame para una dignidad altísima, nos-

otros estamos en la tierra, con todas las miserias que son propias de nuestro pobre cuerpo, con todas las miserias que legamos de nuestros primeros padres. Y para que de ese estado de pequeñez seamos elevados a una altura y podamos ser otros Cristos, se necesita la maravilla de Dios, una maravilla de poder y de amor que nos levanta del polvo de la tierra y nos coloca con los Príncipes del Pueblo de Dios. . .

¡Cómo vuestro Pastor y vuestro Padre realizó esta transformación que es como el fruto y la esencia del Sacerdote para llegar al Sacerdocio, y más a la plenitud del Sacerdocio! Se necesitan dos cosas: primera, que desaparezca lo nuestro; y, segunda, que Jesucristo viva en nosotros. Aun para vivir vida cristiana, nos enseña la Escritura que morirá en nosotros el hombre viejo y surgirá el hombre nuevo, creado según la justicia y la santidad de la virtud; pero esta muerte es la fe que debe haber en todo cristiano, y de una manera singular la debe haber en el Sacerdote y en el Obispo. Debe morir el hombre viejo con todas sus perversas inclinaciones. En el Sacerdote debe surgir el hombre nuevo; en él debe vivir Jesucristo o, más bien, debe ser en cierta manera, Jesucristo.

¿Cómo realizó vuestro Padre esta maravillosa transformación?

En cuanto es posible vislumbrar los misterios de una alma, y sobre todo de una alma que sabe ocultar los dones divinos, yo quiero señalarlos la transformación que se realizó en vuestro insigne Prelado para poder llegar a la cumbre de esa divinidad que Dios le dio y que él llevó con santidad y con decoro.

Para mostraros que en el Excmo. y Revmo. Sr. Dr. D. Francisco González y Arias murió el hombre viejo, me basta una palabra: Humildad. Fue una virtud característica de vuestro Padre la humildad y basta esa para dar el golpe definitivo en el hombre viejo.

Huelga hablar de la pureza de vida y del desprendimiento de corazón de vuestro Pastor. Pero la humildad, esa virtud que fue característica suya es, vuelvo a decíroslo, la del golpe definitivo al hombre viejo. Porque, como enseña Santo Tomás, la soberbia es la raíz de las otras concupiscencias, y la humildad es la raíz que destruye las otras.

Por eso, cuando alguien ha llegado al supremo grado de la humildad perfecta, podemos decir que en él ha desaparecido el hombre viejo y que pudo surgir el hombre nuevo creado según Dios.

Todos vosotros lo comprendéis sin duda que vuestro Pastor era modelo de humildad. Hay ciertas virtudes que se ocultan en el corazón, que se guardan como un tesoro en los senos íntimos del alma; pero hay obras que aunque se quieran guardar no es posible. Así como si alguien que lleve en sus manos un manojo florido de nardos, por más que lo oculte, no puede impedir que la fragancia de las flores se extienda y embalsame el ambiente, así hay ciertas virtudes, que por más que se quieran conservar ocultas, no es posible: su fragancia descubre el secreto. Y así acontece con la humildad de vuestro Padre. La humildad es una virtud que por su naturaleza se oculta; pero en vuestro Pastor no fue posible que se ocultara su porte sencillo, sus maneras llenas de naturalidad, sus vestidos pobres y austeros; hasta la luz de su mirada y el acento de su palabra revelaban su humildad.

¡Qué humildad la suya! Pero yo pienso que por encima de esas manifestaciones de humildad hay una prueba de lo perfecto, de lo exquisito que era su humildad. Consistía en saber doblegar sus juicios a los juicios ajenos. El supo doblegar su inteligencia, la inteligencia que es un destello de Dios, nuestro don más rico, la supo doblegar humildemente ante el juicio de los demás.

Era un Obispo que creía en los Sacerdotes

CORRÍA el año de 1944. Mi hermana, la Profa. Paula Salgado Estrada, quien había dirigido en la Ciudad de Iguala, Gro., la Escuela Primaria Particular Incorporada *La Corregidora*, en busca de un clima más benigno, se había trasladado a esta acogedora y anhelada Ciudad de Cuernavaca, oasis de ensueño, del fecundo estado de Morelos.

Por este motivo, yo tenía que venir, aunque de visita, a esta noble y hospitalaria Ciudad; mas, como sacerdote, yo debía presentarme al Excmo. y Revmo. Dr. don Francisco González Arias, que regía esta Diócesis.

Sin buscar padrino me presenté solo al Excmo. Sr. González Arias, quien, después de haberme recibido, sin que mediara indicación o súplica alguna, me dijo: “Tiene usted todas las licencias ministeriales de su Diócesis”.

Este rasgo de generosidad del Santo Prelado me impresionó tanto que lo llevo grabado en el alma tan profundamente, que sólo espero estar en su presencia —allá en el cielo— para ofrecerle, como cumplida acción de gracias, las incontables almas que alcanzaron la vida eterna, por la fe que el Excmo. y Revmo. Sr. González Arias tuvo en mí, sacerdote lleno de miserias, y cuyas esperanzas de salvación radican totalmente en la maternal protección de la Virgen María.

Que Dios haya premiado con una felicidad eterna al Excmo. y Revmo. Dr. D. Francisco González Arias por su grande fe y encendida caridad.

Era un Obispo que creía en los sacerdotes.

Escuela *Minerva*, Cuernavaca, Mor., 21 de junio de 1959.

David Salgado Estrada.

ELEGIA

*Tristeza por doquier. Sombras y luto
invadieron la tarde
cuando una voz arcana y ominosa
cruzó por el espacio
sembrando el desconcierto:
"Plañid, ovejas; el pastor ha muerto".*

*Y todo se hizo grave,
como el dolor que el alma paraliza.
Helada se quedó toda sonrisa
y formaron las lágrimas un velo
sobre los ojos que inflamó el desvelo.*

A la memoria del Excmo. Sr.
Dr. D. FRANCISCO GONZÁLEZ
ARIAS, Obispo de Cuernavaca,
fallecido el día 20 de agosto
de 1946.

*Enlutaron sus ecos las campanas
y cerraron las flores sus corolas;
en las fuentes extáticas y solas
cesó el murmullo de canciones vanas.*

*Plañid, ovejas; el pastor ha muerto:
era la frase obsesionante y clara.
El que a su grey amara
tan tiernamente, sucumbido había,
como el roble potente
que al fin se rinde un día
ante el rigor del vendaval rugiente.*

*Fue un alma bella y prócer:
alma de padre que aprendió el encanto
de la misericordia
al pie del Leño Santo.
Alma de niño, corderuelo manso,
cuya dulzura a ponderar no alcanzo.*

*Como el Patriarca del sayal humilde,
bajo del solio carmesí, su vida
no tuvo ni una tilde
de vano orgullo, retador y altivo.
Fue una flor escondida
—pebetero invisible—
cuyo perfume permanece vivo.*

*¡Pastor de las bondades!
Un peregrino afortunado fuiste
que a la patria inmortal llega seguro,
tras la jornada fatigosa y triste.
O bien como un obrero
que al terminar el día,
el salario recibes postrimero.
Nauta que al puerto llega
y, pasado el vaivén, la lona pliega.*

*¡Plañid, ovejas; el pastor ha muerto!
Tenedlo siempre fijo en la memoria.
Aquí quedó la escoria;
el oro puro bien acrisolado,
en las manos de Dios, se fue a la gloria.*

JOAQUÍN L. PALACIOS
Cuernavaca, Mor.
21 de agosto de 1946.

Princeton Theological Seminary Library



1 1012 01458 2433

For use in library only

